

Del exilio de género a la cultura del pacto. La Democracia Vital

M^a Elena Simón Rodríguez*

...«La economía política de lo masculino y de lo femenino está organizada por exigencias y obligaciones diferentes que al socializarse y metaforizarse producen signos, relaciones de fuerza, relaciones de producción y de reproducción, un inmenso sistema de inscripción cultural legible como masculino y femenino»...

HÉLÈNE CIXOUS, 1995

Los conflictos del itinerario vital

El proceso de socialización humana entraña un complejo sistema de adaptación al medio cultural y social. Como éstos son sexistas, la socialización individual y grupal también lo es. Así es que la construcción de la subjetividad y de la identidad carece de las oportunidades necesarias para despegarse del sexismo imperante. Lo más llamativo es que en las sociedades actuales consideradas avanzadas, los mecanismos de reproducción de la disimetría no suelen ser aparentes ni explícitos. Hunden sus pilares en fundamentos ocultos, refinados y no muy claros a la luz del día, que, sin embargo, la alimentan y le dan una forma superficialmente despojada de prejuicios y discriminación.

El proceso de socialización humana tiene dos finalidades: la construcción de la *subjetividad* y la

formación de la *identidad*: es decir, la educación de la personalidad conveniente y la educación de la persona adecuada, para la adaptación al medio social y cultural.

La construcción de la *subjetividad*, del sujeto individual e irreplicable que se conforma desde dentro hacia fuera, se adapta a la norma de género y se va instalando a partir de un cliché interior que impide realmente la formación de una personalidad elegida desde la libertad intransferible y con características tan especiales y diferenciadoras al menos como son las naturales (rostro, huellas dactilares, forma del cuerpo...), que ni siquiera en personas gemelas son idénticas.

La libertad, el raciocinio, las emociones y el lenguaje deberían modelar nuestra subjetividad por encima de todo, porque por encima de todo son los elementos diferenciadores de nuestra especie respecto de otras y con los cuales he-

* Profesora de Instituto, Alacant.

mos podido «hacer progresar» nuestras condiciones de vida, más allá del repetitivo y conservador instinto. Sin embargo no es así. Un ser humano suele ser más bien la suma de Naturaleza + Cultura de género+ Modelos de género, o dicho de otro modo y aplicado a cada persona, un «hombre» es una suma de macho + el simbólico de lo masculino + todos los varones conocidos, y una «mujer», la suma de hembra + el simbólico de lo femenino + todas las mujeres conocidas.

Tradicionalmente y en las sociedades autoritarias, la construcción de la subjetividad se ha hecho de forma coactiva y a partir de creencias, normas, costumbres, ritos, prohibiciones y obligaciones estrictas, castigos, premios, estigmas o incentivos, porque en ellas se coarta la libertad, se moldean las emociones, se censura el raciocinio y se limita o controla el lenguaje para impedir de hecho la potencial y libre formación de una verdadera subjetividad: todo está previsto de antemano para cada persona, cuya personalidad deberá contener más del estereotipo sociosimbólico que del prototipo singular. La subjetividad así construida proviene de la alienación más que de la lucidez y resulta así porque la identidad de pertenencia (mujer, de una comunidad y clase social, etc...) suplantata a la construcción del sujeto (Juan Láinez, tierno e imaginativo, valiente y creativo, por ejemplo). Este proceso se puede esquematizar también de otro modo, cual sería: Juana = mujer = femenino, o Juan = varón = masculino. Es difícil

que Juana a Juan sean femenino o masculino totalmente, pero los aspectos no convenientes para su ser femenino o masculino se irán convirtiendo en irrelevantes, se irán apagando, se irán bloqueando hasta desaparecer ahogados.

En la actualidad, parecería que de estas situaciones nos hemos despegado, desde el momento en que nos regimos por principios no discriminatorios, puesto que los mandatos duros de género se han desdibujado en cierto modo, y en apariencia los niños varones y las niñas permanecen juntos durante sus procesos de formación. Pero sabemos que no es así: padecemos constantemente una modelación de género, que sutilmente nos impele a copiar, con cierto exceso y con ausencia de espíritu crítico y creativo, modelos heredados de situaciones tradicionales. Esto quizás ocurra por el miedo a la innovación o por la inseguridad que produce lo desconocido.

Los hombres y las mujeres de las sociedades llamadas contemporáneas, democráticas y libres seguimos teniendo serias dificultades para conformar nuestras personalidades a patrones eclécticos, elegidos a partir de una mezcla de posibilidades, sin marca de género. Esto ocurre porque vivimos de lo que pervive, porque arrastramos lastres que no tienen sentido, porque nos adaptamos con sigilo al medio subterráneo para sobrevivir airoosamente en la superficie y conseguir así que no se nos señale con el dedo. Y lo peor es que nadie nos obliga expresamente a ello, con mandatos insoslayables. En

nuestras sociedades, casi todo el proceso de conformación íntima al sistema de sexo-género se hace por aproximación, repetición de modelos e inercia.

Para la gente joven, que ha vivido desde su nacimiento en una cultura liberal, es difícil admitir que la causa de alguna elección sea exclusivamente «por ser mujer» o «por ser hombre». Si preguntamos a una chica por qué se interesa por la moda o adopta una postura pasiva, nos dirá que porque le gusta. Si preguntamos a un chico por qué va al fútbol o se pelea con sus amigos, responderá que porque le divierte. Es difícil que se reconozca en estos casos una razón de pertenencia a un género-sexo, cuando todo el discurso impele a efectuar elecciones libres, como si éstas no estuvieran connotadas de carga sexista que conviniera neutralizar. Sin embargo, gentes que han nacido en momentos autoritarios y han vivido bajo el imperio de la jerarquía, reconocen estas «elecciones» como inducidas por su condición de varón o de mujer: «las chicas no podíamos hacer otra cosa», o «un hombre debe pelear siempre», oiremos decir como explicación a alguna situación vital que les perjudicó como personas.

La formación de la *identidad* tiene que ver con el aspecto más social del individuo. Los modelos en los que fijarse vienen de fuera, por adición escalonada, a base de sumar posibilidades vistas y vividas en otras personas, con las que nos vamos identificando, creando alrededor lo igual y lo diferente, lo que nos acerca y lo que nos separa, lo

que nos agrada y nos disgusta, lo que consideramos posible e imposible, conveniente o inconveniente para nuestra persona. En última instancia nos vamos haciendo hombres y mujeres adultos succionando de los clichés establecidos para hombres y mujeres, nos identificamos con el género, con lo que se conceptualiza como masculino o como femenino en nuestro entorno.

Sin embargo, esta identificación no se realiza por destilación pura. Los saberes, destrezas, habilidades, técnicas y comportamientos, se aprenden y enseñan de muy diversas formas y se realizan bajo la influencia de muy diversas instancias: la familia, el centro educativo, las instituciones de tiempo libre, los medios de comunicación y de cultura, el grupo de iguales. Y se aprenden y enseñan por muy distintas vías, de las que no son las menos importantes la motivación y la necesidad. Pero la motivación y la necesidad nacen y crecen en el interior del individuo y se alimentan en el exterior sociocultural y afectivo, que decide con sus valores y actitudes qué es lo adecuado para el conjunto de la población y para que cada individuo se inserte en el grupo social de forma solvente. Pero la motivación y la necesidad personal y subjetiva no siempre coinciden con estos valores socialmente admitidos y por eso, existen muchas mujeres y no pocos varones a quienes se les presentan enormes dificultades para identificarse con el prototipo de varón o mujer que existe en su sociedad, pues tienden a tomar componentes

de las dos partes. El problema surge de la imposibilidad de identificarse con la persona universal, con el prototipo humano, pues la identificación con el género —lo que cada sociedad considera propio de varones o propio de mujeres—, viene de la mano de la identificación con el sexo —los atributos de macho o hembra con los que se nace—, y dificulta así la libre elección hasta impedirla las más de las veces.

El sexo no se puede educar. El género se educa. El sexo y sus diferentes órganos y funciones no han variado desde que la especie humana puebla la Tierra. El género ha variado y sigue variando. A la hembra humana se la puede describir de forma universal. Al macho humano también. Pero no se puede describir a una mujer o a un varón de forma universal y válida por tanto, para todo tiempo y lugar. Incluso algunos dichos dejan de tener vigencia con el cambio de costumbres, como por ejemplo: «¿quién lleva los pantalones en tu casa?», puede llegar a ser incomprendible para una persona joven que desde que nació ha visto a su madre con pantalones.

La construcción de la identidad de género: mujer-femenina, hombre-masculino, es un complejo proceso que va mucho más allá de la enseñanza y aprendizaje diferencial de destrezas, actitudes y habilidades necesarias para la supervivencia dentro del grupo. Incluso en las sociedades que aparentemente enseñan a niños y niñas lo mismo, se espera que unos y otras desarrollen ciertas características dife-

renciales con las que se han de identificar y que no tienen nada que ver con la reproducción de la especie para la que, evidentemente, se hallan dotados de forma distinta. Los prejuicios de tipo sociobiológico permanecen, mostrando una imagen de que la naturaleza ha dotado a los varones de fuerza y a las mujeres de paciencia, cuando sin embargo conocemos muchos varones débiles y muchas mujeres impacientes.

¿Sabemos lo mismo hombres y mujeres? ¿Lo sabemos igual? ¿Lo aplicamos igual? ¿Sabemos, queremos y podemos hacer lo mismo?. ¿Con el mismo coste? ¿Con el mismo pago?

En las sociedades de tradición, autoritarias y jerárquicas, los aprendizajes de género se hacen de forma burda y palmaria: por imitación, repetición, rituales iniciáticos, prohibiciones duras y obligaciones expresas, separando a los niños varones de las niñas y haciéndoles saber por medios y mecanismos explícitos y bien organizados, que su ámbito vital es absolutamente otro y que para él tendrán que prepararse y aceptarlo de buen grado, censurando en origen los deseos de transgresión y eliminando las posibilidades de subversión. Ello alteraría de tal modo el orden social, que sería impensable para el bien común establecido. Si las mujeres transgredieran en masa las leyes patriarcales de control de sus intercambios sexuales, los padres varones dejarían de saber quiénes son sus herederos y se romperían los linajes patrilineales, las mujeres tendrían

que ser también titulares del patrimonio familiar y los apellidos tendrían que contener la marca de la madre, por ejemplo.

Cuando reflexionamos sobre estas cuestiones aplicadas a sociedades liberales y participativas, creemos que todos estos mandatos han desaparecido, pero, aunque por fortuna no supongan una segregación absoluta ni provengan de un mundo coactivo, permanecen no obstante dentro del universo simbólico y del nivel emocional y se refuerzan gracias a los estereotipos que, aunque cambiantes, siguen siendo bien distintos para hombres y mujeres y se transmiten y se difunden de forma sutil pero eficaz, consiguiendo que una joven perciba como suyos ciertos ámbitos y como ajenos otros, con los que le conviene identificarse o no para ser bien acogida por la comunidad a la que pertenece. A los chicos les pasa lo mismo. Una niña que no se interese por su aspecto, por los problemas de los demás o por las relaciones, sino por los deportes, el liderazgo, los instrumentos o las máquinas, resulta un bicho sospechoso; un chico que no compita, se ocupe de su imagen pulcra, sienta empatía por los demás o le guste la decoración, puede sufrir rechazo en su grupo de iguales. Desgraciadamente, el universo simbólico sexista, la educación sentimental diferencial, la cultura discriminatoria y el conocimiento androcéntrico siguen actuando sobre el proceso de construcción de la identidad, dificultando la fluidez del trasvase entre géneros.

Aunque el modelo de género clásico no es en apariencia ni vigente ni legal, continuamos apegados al mandato patriarcal, aunque evolucionado y en forma de pacto cínico: por el que se reconocen implícitamente los derechos de igualdad, elección y corresponsabilidad de los géneros, pero no se interviene activa y expresamente en favor de la desaparición de anteriores situaciones de disimetría. Como ejemplo de esta afirmación podemos recurrir al Artículo 14 de la Constitución Española (que declara la igualdad de todos, sin que prevalezca discriminación en razón de sexo, raza, creencias u origen) y el Artículo 9 (que enuncia el compromiso del Estado para remover los obstáculos que impidan esta igualdad), y la práctica política, jurídica o laboral, que interpone todo tipo de inconvenientes y objeciones para la implementación de acciones positivas en favor de la remoción de estos obstáculos.

A las sociedades democráticas nos cuesta mucho trabajo desvelar lo oculto, descodificar los mandatos e interpretar los signos. Por ello hemos de aplicar formas de análisis específicas y recrear el lenguaje para que sea capaz de definir los conceptos necesarios para la clarificación de lo que ocurre. Con el análisis de género lo vamos consiguiendo, y no debemos detenernos hasta hacerlo presente en todos los ámbitos del conocimiento especulativo y de los saberes prácticos. Fruto del análisis de género efectuado por múltiples autoras, mezclado con el mío propio, son las explicaciones que vienen a conti-

nuación, que nos ayudan en la búsqueda de los elementos ocultos que actúan para conformar los proyectos de vida de hombres y mujeres, así como las dificultades que unos y otras encuentran a su paso y que se podrían definir como conflictos de género.

Las autoras a las que me refiero son Sheila Benhabib, Nancy Fraser, Linda Gordon, Marcela Lagarde, Amelia Valcárcel, Celia Amorós, Charo Altable y Emilce Dio-Bleichmar.

El conflicto vital de las mujeres

Las mujeres como género, es decir, caracterizadas como individuos idénticos, son llamadas a dedicarse al *Campo del Cuidado*, como si ello se derivara simplemente de su naturaleza, de su condición de hembra humana. El cuidado necesita de la *Implicación*. Esta actitud ética favorece la dedicación al otro concreto, la responsabilidad, la mediación. Debe emanar del afecto y de la comunicación auditiva. Se aprende por imitación y por medio de la charla. Se desarrolla gracias a una gestión circular del empleo del tiempo (sin límites en su principio, su duración o su fin), en espacios conocidos, y se caracteriza por la visión del detalle, la filantropía o gratuidad, la dependencia de las necesidades ajenas, la empatía. Las habilidades que se requieren para ello son las expresivas, las derivadas de los sentimientos y del razonamiento práctico. Su finalidad es la subsistencia en las mejores condiciones posibles, la vida de calidad, la dig-

nidad y la ausencia relativa de sufrimiento o de carencia. Las tareas de cuidado requieren que se conozca, distinga y ame a sus destinatarios, que de su bienestar dependa el bienestar o la autoestima de quien cuida, que exista una ligazón afectiva, que no dé lo mismo aplicar cuidados a uno o a otro. Por eso hablamos del otro concreto, por eso hablamos de implicación, que es contradictoria, subjetiva y envolvente.

No todas las mujeres desean implicarse en el cuidado de otros, ni porque sean madres, ni esposas, ni compañeras, ni hijas, ni abuelas. Muchas están dispuestas a realizar las tareas de cuidado necesario para la calidad de su propia vida, o de la vida de otros próximos, incluso profesionalmente, pero sin que ello las implique en demasía. Algunas disfrutan con el compromiso de atención hacia los demás, otras lo hacen de este modo durante un período de su vida, un buen número no lo haría nunca y desearía recibir esos cuidados siempre, pocas o muchas están dispuestas a ser autónomas en este sentido. Las mujeres no son idénticas, ni siquiera cuando son madres, son individuos libres y razonables, que se distinguen y se parecen y por tanto, no se puede esperar de ellas, de todas ellas, que estén dispuestas a implicarse activamente en una ética del cuidado, sobre todo, cuando nos referimos a las mujeres que disfrutan de derechos de ciudadanía.

Por eso, el proyecto vital de las mujeres que pueden decidir sobre sus vidas se convierte en un conflic-

to, tanto si se adaptan a ese modelo uniformizante y se implican en los cuidados ajenos, como si se despegan de él, pues en el primer caso se verán poco consideradas y en el segundo poco valoradas. Serán sometidas a un doble castigo: «mal si lo haces, mal si no lo haces». En las relaciones con otras mujeres aparecerán como demasiado conformistas o como demasiado subversivas, en las relaciones con los varones serán conceptualizadas como poco interesantes, o como rivales competidoras potenciales, en la relación con ellas mismas, se verán como dependientes y faltas de individualidad, o como candidatas a una soledad no elegida.

La correlación del proyecto de vida de las mujeres con el campo del cuidado y de la implicación, está presente en muchos episodios de depresión o frustración, en la doble jornada, en las elecciones profesionales, en los estereotipados ámbitos de interés femenino, en los castigos o recompensas sociales a sus conductas, en las relaciones amoroso-sexuales, en el estatus socioeconómico del que puedan disfrutar, en su presencia o ausencia del mundo laboral, científico o político. El campo del cuidado y de la implicación influye, pues, en la vida política y en la vida común. Recordemos que los sectores más resistentes a la incorporación de mujeres, son aquellos en los que la implicación y la empatía que se supone de las mujeres estorbaría en su desarrollo: por ejemplo el acceso a la magistratura, al ejército y a los oficios relacionados con el manejo, mantenimiento o reparación de maquinaria. El cuidado

es un aspecto de la vida y de la conducta individual de cada mujer con el que las sociedades cuentan en primer lugar, pero sin darle carácter estatutario o contractual; puesto que lo relacionan con la naturaleza de las mujeres, no reservan más que beneficios afectivos o autosatisfacción para quienes lo practiquen.

El itinerario vital de los varones

Los varones como género, es decir, caracterizados en su conjunto, son llamados a dedicarse al *Campo de la Justicia*, como si ello se derivara de su condición natural de macho humano. La Justicia (derecho y cultura) necesita de la *Imparcialidad*. Esta actitud ética favorece la atención al otro generalizado (el ser humano visto en conjunto como una categoría: como campesino, estudiante, paciente, etc..) y también favorece la obligación, el poder de decisión y dominio sobre el medio natural, social y político. Debe emanar de la independencia y de la comunicación visual. Se aprende por repetición y por medio de reglas de juego.

Se desarrolla gracias a una gestión lineal en el uso tiempo (organizando el principio, la duración y el fin), en espacios amplios, públicos o ajenos y se caracteriza por una visión de conjunto, por una relación contractual que legitima su remuneración y el reconocimiento del derecho individual y colectivo. Las habilidades que se requieren para ello son las instrumentales, las derivadas del pensamiento técnico y del razonamiento teórico. Su finali-

dad es la propiedad real o simbólica. Las tareas relacionadas con el Campo de la Justicia requieren que se conozca, se respete y se trabaje por el bien común o el bien recíproco que afecta a la comunidad a la que se pertenece, para obtener beneficio propio y colectivo. Por eso hablamos del otro generalizado, por eso hablamos de imparcialidad, que es planificable, coherente y objetiva.

No todos los varones desean realizar funciones derivadas de la Ética de la Imparcialidad, que requiere someterse a obligaciones permanentes y mantener la distancia para no implicarse en su desarrollo, para no verse envueltos en una motivación excesiva y en un apego candente hacia objetivos no del todo previsibles. Por eso, muchos varones se instalan en la cultura del contrato implicándose como en un juego, y por eso unos cuantos tienden a ocuparse de sus otros próximos con imparcialidad, revisando simplemente el orden familiar, en cuanto a salud, presupuesto o bienes materiales. Por eso, gran número tiene enormes dificultades para realizar afectuosamente labores de atención y cuidado permanentes, y una buena porción de ellos se ven acusados por despreocuparse de los suyos, por mostrar un egoísmo excesivo o reclamar de los demás lo que no están dispuestos a dar por su parte. Otros lamentan que siempre se espere de ellos lo mejor, para ser remunerados y apoyados. Los varones padecen la sensación equívoca de merecerlo todo por derecho propio, sin que se les exija re-

ciprocidad en la justicia que sus otros próximos esperan de él.

Este tipo de entrenamiento para la vida, causa no pocas distorsiones en la convivencia. Las mujeres actuales, de sociedades libres y democráticas, no pueden comprender que ellos lo merezcan todo por «derecho de género» y ellas no merezcan lo mismo, sino haciendo patente la reclamación una y otra vez. ¿Por qué si no iba a ocurrir que el descanso y el cansancio de una mujer o de un hombre sanos y trabajadores ambos, tenga una categoría diferente, en virtud de la cual la mujer deba transitar con fluidez y sin queja por una doble jornada de trabajo, una dedicada al campo de la Justicia y otra al campo del Cuidado que haga más llevadero el cansancio y más eficaz el descanso de su compañero?

Los varones han decidido históricamente la división social y sexual del trabajo, y creen que de estos «pactos» no escritos se derivan unos ciertos derechos de apropiación del trabajo y del afecto de las mujeres con quienes conviven, a las que no deben más que recompensa afectiva, en todo caso. Esta apropiación indebida les procura el bienestar y la infraestructura necesaria para batirse en la cancha del mundo del contrato, de lo llamado público. Por eso, teniendo asegurado un buen lugar en el mundo ocupacional, suponen que tendrán un buen lugar en el mundo relacional, por eso ven su proyecto de vida como un itinerario de obstáculos vitales, pero no como un conflicto de relaciones de género.

La correlación del proyecto de vida de los varones con el campo de la justicia y la imparcialidad está presente en muchos episodios de violencia, apropiación, competitividad, obligación insoslayable, representación pública, toma de decisiones. El campo de la justicia y la imparcialidad influye de este modo, tanto como el del cuidado y la implicación, en la vida política y en la vida común, que se relaciona con la cultura y el progreso humano y para el que se reservan beneficios palpables, materiales o en forma de prestigio, respeto y reconocimiento contractual por parte de los demás, pero que no todos los varones, individualmente considerados, merecen por el mero hecho de haber nacido machos de la especie. Sería más equitativo que se aplicara la Justicia con Cuidado y el Cuidado con Justicia. Pero estos extremos habrá que negociarlos y explicitarlos expresamente, para que pasen a formar parte de una nueva cultura relacional de pactos, más propia de los tiempos que vivimos. A esta nueva cultura válida para lo personal y para lo político, basada en una configuración de pactos explícitos, individuales y colectivos, le vamos a llamar *Democracia Vital*.

Algunos ejemplares de género

La base de nuestras reflexiones y de nuestra propuesta es, obviamente, la Teoría Crítica Feminista, que de forma no muy aparente pero eficaz, ha inundado las formas de vida de muchos seres humanos actuales, empeñándose en el rescate del silencio oficial, ocu-

pándose de la heterodesignación en que las mujeres han vivido durante siglos y siglos y alumbrando en este empeño la Teoría de Género, por la que empezamos a conocer las relaciones entre los sexos, o las políticas sexuales del patriarcado. Ello nos permite introducir otras categorías definitorias que nos alejen del esencialismo dicotómico de «buenas o malas», «reproductoras o inductoras del mal», ángeles o demonios, en suma. Gracias al trabajo que se realiza continuamente para hacer progresar la teoría de género, desde el feminismo, hemos obtenido muchos datos y tenemos muchos argumentos, que nos permiten mirar la realidad de forma más compleja y dar nombre a multitud de fenómenos que se derivan de las relaciones entre los sexos y clasificar algunos acontecimientos para influir sobre ellos, una vez estudiados.

Respecto a los avances del Feminismo y a sus consecuencias, algunas mujeres se posicionan con prevención y otras con entusiasmo, pocas con indiferencia, algunas se aferran a la tabla patriarcal que les asegura continuidad en la supervivencia, buen número no quiere enterarse, las más se adhieren pasivamente a los beneficios obtenidos. Pero en todo caso sí perciben que es algo que les concierne directamente. Los varones, ante esta renovación han perdido protagonismo en los cambios sociales, porque no han participado directamente en las luchas y trabajos que las mujeres han llevado a cabo para su reconocimiento paritario. Al haberse encastillado en situaciones de privilegio, sin

querer enterarse de que algo cambiaba alrededor y muy cerca, tienen ahora un déficit colectivo en cuanto a la reflexión sobre la masculinidad, la paternidad, la educación sentimental, la sexualidad, el autoconocimiento de su condición de género y la autoestima como varones. De estas cuestiones se ha ocupado y se ocupa precisamente el feminismo, a través de la teoría de género. Por ello, nos interesa aquí abordar un aspecto de lo que podríamos denominar «la actitud feminista social».

Hay muchos feminismos reconocidos que trabajan con distintos parámetros de análisis, investigación y acción, desde distintas ideologías, prácticas y estrategias la posición de las mujeres, pero sentimos que hay muchos más, sumergidos en los deseos de todos los seres humanos que no se pronuncian como feministas, pero que viven como personas empeñadas en establecer relaciones más justas y cariñosas, que no quieren excluir ni silenciar, que no colaborarían en ningún caso con acciones discriminatorias. Entre estas personas existe ya gran cantidad de varones que están empezando a sentir la necesidad de agruparse para poder comprender y comprenderse de forma más completa, matizada y útil. Este fenómeno es más antiguo entre las mujeres occidentales. Data ya de algunas décadas, y, por tanto, ha hecho ya un buen camino.

¿Cómo podemos clasificar a varones y mujeres con respecto a los avances fácticos del feminismo? Toda taxonomía es reductora, pero aporta por otra parte claridad y facilita la observación. Ya sabemos que hay ejemplares que escapan

de toda tipificación, o que contendrán una mezcla de características, pero optamos por este método para facilitar la reflexión y trascenderla con nuestra propuesta.

Tipos de varones:

a) Los ad-heridos o con-formados

Se han criado a los pechos de mujeres concienciadas de su condición de género y asumen los nuevos roles un poco por solidaridad y otro poco por necesidad, aunque sin reflexión previa («los Padre-Madre»), fagocitan el discurso feminista sin tenerlo asumido y pretendiendo sacar partido de mujeres interesantes y «liberadas» y simplemente las seducen gracias a las promesas de libertad sexual que destilan («los Don Juan-2.000»), o están por la labor de la Igualdad de forma espontánea, como si así hubiera sido siempre y, aunque conservan tics patriarcales, están dispuestos a reconducirlos sin mucha discusión («los Experienciales»).

b) Los exploradores

Han llegado a asimilar gran parte del discurso feminista gracias a alguna mujer cercana o al conocimiento de disciplinas o ámbitos del conocimiento que requieren de análisis de género. Suelen ser los buenos compañeros de las chicas, a quienes no importa estar rodeado de amigas, de las que se aprende más de la vida y con las que se divierten sin tener que competir. Llegan así a la crítica del patriarcado y

no soportan su rol obligado de machito («*los Entusiastas*») o buscan alternativas para que la idea se extienda, junto a mujeres o formando grupos de discusión y debate («*los Buscadores*»).

c) Los náufragos

Han perdido los papeles y el guión del signo de los tiempos, añorando expresamente otras épocas en que ellos dominaban a las mujeres, que dependían de ellos y los veneraban. Entre estos tipos los hay clásicos («*Antigüallas*»), agresivos («*Cruza-dos del machismo virulento*») y deprimidos («*Autoagresivos Masoquistas*»), terroristas («*Brazos armados exterminadores*») y modernos-progres («*Cínicos-2.000*»). Desgraciadamente son demasiado frecuentes, y todos ellos se hallan encastillados, atrincherados o al acecho. Ni ellos respiran ni las mujeres que se relacionan con ellos pueden progresar con soltura, pues paralizan toda iniciativa que conduzca hacia una situación de equidad, por mínima que sea.

Tipos de mujeres:

a) Las adheridas

Nunca se definen como feministas, pero, llegado el caso, tampoco les molesta que así las llamen, sobre todo cuando de ello pueden obtener alguna mejora de su situación o algún refuerzo. Suelen ser protestantes de la doble jornada, pero se conforman con ella, aunque no la desean para nadie, y mucho menos para sus hijas. Creyeron en lo de ganarse la vida, pero nunca se gana-

ron el espacio ni el tiempo propios (las «*qué he hecho yo para merecer esto*»). Otras se pasan la vida intentando relaciones simétricas con los varones sin importarles para nada que ello comience en el intercambio sexual, del que esperan sinceridad, independencia y entusiasmo continuo («*las Liberadas*»). Algunas tienen la suerte de relacionarse sin discriminación y por ello creen que todo el monte es orégano y que a ellas no les ocurrirá porque lo tienen muy claro, aunque no se lo hayan trabajado expresamente («*las Santas Inocentes*»), defienden pasivamente los derechos propios y de las demás y tienden a pensar que los varones náufragos ya no existen más que residualmente.

b) Las exploradoras

Acaban de descubrir su individualidad, por alguna razón de peso, y no están dispuestas a ceder más de lo preciso para una convivencia paritaria. Entre ellas encontramos conversas de la Igualdad, que no soportan su rol obligado de chicas dóciles y, para no permanecer perplejas ante la adversidad, se embarcan en la causa activamente, para conquistar parcelas razonables de autonomía, en lucha contra los elementos persistentes de la discriminación, y así, logran conquistas positivas para ellas mismas y para otras («*Las Entusiastas Iniciáticas*»). Otras empeñan su existencia en hacer patente la discriminación y el sexismo, para no caer ni dejar caer a nadie más en esa trampa, que ellas ya sufrieron, aun a sabiendas del cansancio, la incompreensión, la soledad y la satis-

facción que provoca ser corredoras de fondo («*Las Olímpicas*»). Otras mujeres hacen renacer sus vidas de las cenizas, ensayando la independencia y la solidaridad («*Las Damas-Fénix Sorales*»).

c) Las náufragas

Suelen declarar que las mujeres son como son y así están bien, que ellas eligieron su rol tradicional porque es mejor y les gustaba («*madresposas sufrientes*»), viven para y por los demás y a veces se convierten en elementos caros de la decoración de sus varones próximos, porque les conviene y les satisface, han perdido el tren de su individualidad y no pretenden más que agradar («*Barbies-maniquís*»). Otras se despegan orgullosamente del resto rompiendo el techo de cristal, escalando a pelo y olvidando de dónde provienen, porque para ellas no ha habido ninguna dificultad ni obstáculo añadido por ser mujer, aunque sepan aprovechar muy bien las conquistas de la Igualdad («*Abejas-reina o Becarias desclasadas*»). Las náufragas tienen un gran peso social y dan la imagen estereotipada de la «mujer-mujer», con la que el patriarcado se halla ampliamente satisfecho, gracias a su colaboración, dado el síndrome de Estocolmo que padecen y que fomenta la rivalidad entre mujeres, que ellas mismas alimentan y defienden.

La democracia vital

La alternativa que aquí se propone, como inspiradora de posibles so-

luciones a los conflictos de género, que impregnan y dirigen gran parte de la vida de las personas y de los pueblos, tiene carácter de teoría ética y de pauta para el logro de la *Paridad* y de la *Equivalencia*. El concepto de Democracia Vital, toma componentes de lo político: *LA DEMOCRACIA* y de lo personal: *VITAL*.

Es un intento de articular multitud de mecanismos, para poder negociar un final del exilio de género, que inaugure una nueva era. Suponemos que nuestro tiempo —este fin de milenio— va a recibir en algún momento una denominación de época histórica caracterizada como cultura tecnológico-cibernética, como aldea global, como de pensamiento único, como de imperialismo comercial y financiero y quién sabe con qué nombre se acuñará esta conceptualización, cuando de ella se haga historia.

Pero el fenómeno más pacífico y más determinante, desde el punto de vista socio-antropológico, ha sido la irrupción de las mujeres del mundo en el sistema de derechos-deberes y la democratización de los beneficios que de ello se deriva. Bien es verdad, que en la mayor parte de países de la Tierra existen aun más carencias que logros, pero el simple hecho de que haya habido varias Conferencias Internacionales sobre derechos de las mujeres y múltiples declaraciones, directivas y leyes contra la violencia y la discriminación sexual y en pro de la Igualdad de trato y de oportunidades, inaugura una nueva fase de la Historia de la Humanidad, en la que ya no se podrá contar con la exclusión de todo un gé-

nero de los contratos públicos, como ocurrió en otros momentos de cambio de paradigma: el fin del esclavismo, de la servidumbre, del proletariado, como grupos sociales inferiores «casi por naturaleza», y por tanto sin posibilidades de ser incluidos en los discursos dominantes.

Siempre empezó el fin del exilio de estamento o de clase, con el esquema de revolución clásico que incluye fases tales como «difusión de nuevas ideas desmitificadoras de la exclusión natural», «malestar y rebelión de los oprimidos» y «reacción de los privilegiados». Estas tres fases ya se han producido y se siguen produciendo en nuestra «Revolución». Pero como nuestra Revolución de género no es violenta ni tiene vocación de sustituir totalmente al Antiguo Régimen, y por el contrario sí es activamente pacífica y tiene voluntad de negociación y finalidad de mejora de las condiciones de vida, para conseguir un fin escalonado de la exclusión, opresión y explotación patriarcales, pretende usar de la cultura del pacto, poniendo en marcha iniciativas conscientes y explícitas que cuenten con todos los seres humanos, sea cual sea su condición sexual y su conceptualización genérica. Hombres y mujeres pueblan toda la Tierra y por tanto los conflictos de género son los más universales.

Sin embargo, los caminos de resolución de estos no serán ni simultáneos ni universales: dependiendo del nivel de reconocimiento de derechos de igualdad y ciudadanía, del reparto de la riqueza y el

poder, del peso de las tradiciones, las costumbres y las religiones, del nivel educativo y económico de las mujeres de cada comunidad, las posibilidades de entrar con más o menos fluidez en la cultura del pacto serán de varias velocidades. Pero desde nuestra posición de países democráticos, que han luchado por la abolición de la esclavitud, la servidumbre y la desigualdad de clase y han ido consiguiendo cuotas de reparto y de progreso crecientes aunque imperfectas, sí podemos decir que hoy día se puede salir del exilio de género, gracias a un compromiso ético público y privado, que consistiría en un trabajo positivo, por parte de las mujeres y los varones más interesados por la mejora y el perfeccionamiento de las condiciones de vida, no sólo material sino psicológica y social, para lograr los pactos siguientes:

El pacto intra-psíquico:

Resultado del diálogo interior que cada varón y cada mujer ha de hacer consigo mismo para descubrir las parcelas de decisión sobre su destino como personas, sin marcas de género y sin condicionamientos fruto de la inercia o de convencionalismos perjudiciales para proyectar la propia vida de modo singular y satisfactorio.

El pacto intra-género:

Producto del conocimiento de la condición sexual personal y del análisis crítico de la condición genérica colectiva, para poder supe-

rarla selectivamente. Cada mujer ha de conocer que otras mujeres tienen una serie de condicionamientos de género depreciado, que le atañen también a ella. Cada varón ha de saber que el ser varón no sólo es ser hombre, que todos ellos vienen del genérico repudiado de la especie, y que ello le concierne y le condiciona.

El pacto inter-géneros:

Así resocializados, unas y otros, podremos por fin superar esa tópicca guerra de sexos, esa ancestral falta de entendimiento, ese falaz reparto de papeles, esa equivocada creencia en cualidades naturales innatas, esa infeliz costumbre de mantener la rivalidad y acusar siempre a la otra parte con multitud de lugares comunes. En los hogares, en la política, en el mundo laboral y cultural, varones y mujeres, conocedores de nuestra condición sexo-genérica y críticos con la misma, podremos alumbrarnos mutua y solidariamente hacia la salida del oscuro túnel del exilio de género.

No se nos ocultan las dificultades. A pesar de la oscuridad ambiental, las tenemos enfocadas y localizadas. Pero el espacio de un artículo no permite más que balizar

el itinerario de salida. En otro trabajo, que espero vea pronto la luz editorial, desarrollo la idea del *Compromiso ético y de la Cultura del Pacto*, para la consecución de la *Democracia vital*, gracias a la síntesis del pensamiento de muchas feministas, del contraste de muchos pareceres y de la conjunción de muchas voluntades, que convergen de hecho en dirección coincidente para la superación no traumática y realista de la Era Patriarcal.

Bibliografía de referencia

- AMORÓS, Celia (coord.): *Isegoría*. nº 6. «Feminismo y ética». C.S.I.C. Instituto de Filosofía. Madrid, 1992.
- BENHABIB, Sh. y CORNELL, D. (edit.): *Teoría Feminista y Teoría Crítica*. Ed. Alfons el Magnánim. Valencia, 1990.
- JONASDÓTIR, Anna G.: *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la Democracia?* Ed. Cátedra. Col. Feminismos, nº 13. Madrid, 1993.
- LAGARDE, Marcela: *Los Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1993.
- VALCÁRCEL, Amelia: *Sexo y Filosofía. Sobre Mujer y poder*. Ed. Anthropos. Barcelona, 1991.